

Vida Nueva, Madrid, 8 febrero 1922)

COLABORACIONES DE "VIDA NUEVA"



# LOS ENTERRADORES DE FELIPE II

La Orden de San Jerónimo se fundó en España, según nos tiene muy bien contado el padre fray José de Sigüenza en la historia que de ella nos dejó escrita, y que es, en cuanto a lenguaje y estilo, una de las primeras, muy primera, obras clásicas castellanas. Los jerónimos, de quienes el vulgo decía maliciosamente que dedicaban ocho horas al coro, ocho a dormir, ocho a comer y las otras ocho del día a estudiar, se dedicaban principalmente a mantener el esplendor del culto. Fueron los de Guadalupe, donde se pensó primero enterrar a los reyes—y ahí está vacío el panteón—, los que en Yuste enterraron al emperador Carlos I y en El Escorial—que para ellos se hizo—a Felipe II. Fueron los enterradores de los Habsburgos de España. La Orden de San Jerónimo se extinguió aquí, en España, su cuna, y sólo quedaba ya algún que otro convento de ella en Italia; pero recientemente han vuelto a nuestro suelo. Se conoce que hacen falta aquí. ¿Volverá a enterrarse en El Escorial?

¿Qué sentido—no nos atrevemos a decir espíritu—traen? ¿Será el de San Jerónimo?

A Porfirio, excelentísimo y muy docto filósofo neoplatónico, le llamaba San Agustín "filósofo noble, gran filósofo de los gentiles, el más docto de los filósofos, aunque el más acérrimo enemigo de los cristianos", y a este mismo Porfirio San Jerónimo le trata de "estulto, impío, blasfemo, loco, imprudente, calumniador de la Iglesia, perro rabioso contra Cristo". ¡Un lenguaje muy escogido! ¡Y menos mal!... Porque el mismo San Jerónimo, hablando de otro monje con quien tuvo frecuentes altercados, nos dice: "¡Cuántas veces éste, en los celos, me revolvió el estómago y me arrastró a la cólera! ¡Cuántas me escupió y escupido se fué!" ("Consuetus abscessit"). Así las gastaban.

Hay que leer en la excelente "Historia antigua de la Iglesia", de mon-

señor Duchesne, lo que este doctísimo obispo católico nos dice de San Jerónimo y de sus intemperancias. Le llamaba "fea corneja" a San Ambrosio; decía de San Basilio que sus méritos estaban anquilados por el orgullo. Monseñor Duchesne le llama una vez "imprudente controversista que, bajo pretexto de defender el ascetismo, ponía a los casados en la situación más desagradable".

Suponemos que el factor católico a la española, o, si se quiere, español a la católica manera, que comienza a monseñor Duchesne nos arguirá, no con la sospechosidad de éste en cuanto a ortodoxia, sino con su antiespañolismo y, sobre todo, con que es francés. Y no que monseñor Duchesne sea hispanófilo. Nada de eso! Pero dice de Hosio, obispo de Córdoba, y el que presidió el Concilio de Nicea, que era "un recordadero español, autoritario, duro, inflexible", y, sobre todo, es monseñor Duchesne el que ha puesto en claro eso del cuerpo de Prisciliano, el gran hereje gallego, que se ha hecho pasar en Compostela por el del apóstol Santiago, hermano del Señor. Esta diablura de historiador erudito y despreocupado no se la pueden perdonar muchos españoles a la decrépita usanza. ¡Porque miren ustedes que haber estado tanto tiempo dando culto a los huesos del hereje Prisciliano! Y después de aquello de Clavijo, por lo que aún se paga no sabemos qué voto.

Para los católicos españoles que lo conozcan, monseñor Duchesne debe de aparecer como un anticastizo, pecado grave. Pues conocimos y tratamos a un obispo español, casticista a todo trapo, para quien un gallicismo era pecado más grave que una herejía castiza. Y eso que él creía que Menéndez y Peláyo, en su "Historia de los heterodos españoles", demostró que la herejía es más antiespañola que anticatólica.

Pero ya tenemos, en fin, en la España de la tras-Restauración, tras-restaurada y restauradora a los enterradores de Felipe II, a los discípulos del escupidor de Belén. ¿Vienen acaso a enterrar bajo oficios y cantos litúrgicos lo poco que queda ya de lo que ha hecho aquí las veces de fe católica? ¿Vienen a cantar el gori-gori al reino de las Españas—"H. R. Hispaniarum Regnum—, ex futuro viceimperio ibérico? ¿Vienen a restaurar, al pie de Gredos, espinazo de Castilla, el monasterio de Yuste, hoy en ruinas, para poder albergar en él al

último kaiser del Imperio austro-húngaro que consume sus ocios en la isla de Madera? ¿A qué vienen?

Ahora, que se va la sustancia de muchas instituciones, de muchas doctrinas, vemos el empeño por rehacer sus cáscaras, sus envoltorios. Ahora, que tanta cosa se está muriendo de consunción, vemos el afán de embalsamar cadáveres para que no huelan y apesten, de envolverlos en mortajas nuevas y de enterrarlos suntuosamente. Esta España de tras la Restauración y tras la Regencia es la España del entierro. Casi todas sus fiestas son fiestas funerarias, son oficios de difuntos.

"Dejad que los muertos entierren a sus muertos", dijo Jesús, el Cristo. Y aquí, los más muertos de los muertos son los que parecen más vivos. Porque la an cacareada viveza española es lo más mortecino que cabe.

¡Si el bueno de Prisciliano, el hereje gallego, obispo que fué de Avila, el que fué decapitado en Tréveris, levantara cabeza en Compostela y viese todo esto! ¡Lo que se le ocurriría al apóstol céltico! ¡Y los comentarios que oíría a aquello de: "Santiago, y cierra España"! ¡Porque más cerrada que está!...

Miguel DE UNAMUNO